



# La biblioteca escondida

**Mauro Alvaro Ramón**



FONDO DE LA CULTURA DE MENDOZA  
INSTITUTO PROVINCIAL DE LA CULTURA  
GOBIERNO DE MENDOZA

©Mauro Ramón, 1998.  
*Todos los derechos reservados.  
La reproducción total o parcial  
de esta obra queda sujeta  
a la autorización previa del autor.*



Que CAMINO Lleva a la Salida

F. HIVAREZ - 1998

# Un laberinto cotidiano

*¿Izquierda?*

*¿Derecha?*

*¿Qué camino lleva a la salida?*

Desde que tengo memoria transito por estos callejones, buscando incansable ese pasillo final, que nunca llega. Describiéndolo muy brevemente y para hacerse una idea, el laberinto tiene paredes altas, muy altas y lisas, de un color gris malva que se sucede interminable detrás de cada recodo, rutinario.

A veces, la blancura obsesiva se ve violada por graffitis sucios y desprolijos. Compartiendo mis desdichas hay quienes escribieron filosóficos:

SE QUE MORIRE AQUI, PERO NO IMPORTA  
PORQUE SERE LIBRE AL FIN.

O locos que ríen diciendo:

***Si encuentran la salida, búsqüenme, eh? Luis.***

O dramáticos y escuetos

**BASTA!**

que se suceden a menudo, muy a menudo.

Está escrito que, hasta no salir, vagaremos sin descanso o comida, sin alegrías ni penas por los corredores desiertos. El encuentro con otros caminantes está vedado a un lejano movimiento que de reojo alcanzamos a ver, cuando ya es muy tarde para un verdadero acercamiento. Tan sólo una vez me dediqué a buscar a alguien, sólo para encontrar un esqueleto que indicaba póstumamente un camino bloqueado por telarañas. Telarañas gris malva, por supuesto.

Quizás este panorama parezca algo infinitamente aburrido, pero no lo es

en absoluto. De mis días errantes puedo traer a la luz aquella vez que encontré una habitación, (sí, una amplia e iluminada) de cuyo centro surgía, hasta unos seis pies del piso, la quilla de un barco, descomunal, con multitud de percebes cubriendo su popa (las hélices estaban descascaradas, pero aún les quedaba un eco de su anterior grandeza). Recuerdo haberme aproximado y golpeado en un flanco con una piedra, para avisar de mi presencia a los eventuales habitantes de tan asombroso navío, sin resultado.

A la vista de tal hecho, recuerdo que una idea acudió a mi encuentro, reveladora: ¿Sería este barco evidencia que éramos el reverso de un mar, o mejor aún, de un océano? ¿Era ésta la salida?

Un primer examen, con mi oído pegado al suelo, descartó en parte mis planes; no se oía nada. Luego de excavar inútilmente al lado del casco, caí en cuenta de que estaba equivocado: el casco seguía inexorablemente su camino, bajo tierra. Sólo encontré dos paraguas viejos y un par de anteojos al los que les faltaba brillo.

No me es tedioso el perpetuo zigzagueo entre las paredes; a mi memoria viene otra habitación, esta vez larga y parpadeante. Debo aclarar que esto último se refiere al techo, donde las filas de luces fluorescentes funcionaban mal, la mayoría de ellas con los tubos agotados. En fin, caminaba entre filas de camarines, todos abiertos de par en par, en el techo seguían los fuegos artificiales, y uno tras otro explotaban los tubos, regularmente.

No sentía curiosidad por el contenido de los armarios de chapa. Tras sus puertas numeradas, multitud de objetos asomaban en una miscelánea irreverente: jaboneras, toallas húmedas, camisas arrugadas, perchas olvidadas, hojas de afeitar o algún calzoncillo; yo caminaba, sí, dirigido por la oscuridad que me seguía. Al final, y con las últimas luces que indicaban el armario que sí estaba cerrado, descubrí con el pulso acelerado el amuleto que desde tiempo borroso llevo colgado en mi cadenita, al lado de la medalla de San Cristóbal; una llave dorada, con tres muescas en un costado. Guiado por un misterioso impulso, tomé la llave y la introduje en la cerradura. Probé girarla una vuelta.

¡Abría! ¡Era de ese candado! Pero el último tubo sobre mí falló, y me quedé a oscuras. Frustrado busqué la salida y me fui, bien lejos. Me acuerdo, sí ...

Pero la solución la encontré no en una habitación, sino en un agujero en el impecable gris malva de esta ciudad. Venía descuidado, y creo que sólo así podría haber encontrado el agujero: se delató por la luz que venía de su interior,

que proyectaba un cono iluminado sobre la pared opuesta. “Muy bien”, me dije, y apoyé las manos en el suelo para arrodillarme. Me incliné para poder ver a través del pequeño orificio. Afortunadamente era más o menos amplio, y pude ver una extraña habitación, con una biblioteca, cama, ventanas, una amplia alfombra roja a los pies, y un atiborrado escritorio, con hojas sueltas.

Inclinado sobre el escritorio, un muchacho escribía laboriosamente, con la única compañía de una lámpara, mudo testigo de la callada actividad.

Bien, primero miré por la ventana muy exaltado, porque era la primera ventana que veía en mucho tiempo. Una cortina velaba una oscuridad ambigua. Ahogué un sollozo y las ganas de gritarle al muchacho, que se diera vuelta, que me ayudara a ampliar el agujero, pero solamente me levanté y me fui como siempre, buscando la salida.

Después llegó el arrepentimiento, pero de nada sirvió cuando traté de encontrar nuevamente el agujero, ni tampoco cuando traté de encontrar la salida. Como dije al principio, creo que la solución estaba en esa pieza, en esas páginas sobre el escritorio.

Porque luego de buscar inútilmente una esperanza en aquella ventana, reparé en la hoja más próxima a mi secreta mirilla.

Ahora sé que no hay salida, que seguirán más corredores, recodos y señales, que no comeré ni dormiré nunca, y que probablemente tampoco conozca la muerte.

En las tres primeras líneas de aquella hoja estaba escrito lo siguiente:

*¿Izquierda?*

*¿Derecha?*

*¿Qué camino lleva a la salida?*